LIBRO QUINTO

DE LA

HISTORIA ECLESIÁSTICA INDIANA.

SEGUNDA PARTE

QUE TRATA
DE LOS FRAILES MENORES QUE HAN SIDO MUERTOS POR LA PREDICACION DEL SANTO EVANGELIO
EN ESTA NUEVA ESPAÑA.

CAPÍTULO PRIMERO.

De Fr. Juan Calero, primero mártir de los cristianos viejos en esta nueva Iglesia.

De Fr. Juan Calero.

DIGO que Fr. Juan Calero fué el primero mártir de los cristianos viejos en esta tierra, porque de los cristianos nuevos, primero fué martirizado un niño indecito de la provincia de Tlascala, llamado Cristóbal, y despues de él otros, tambien tlascaltecos, entre Guatinchan y Tecali, como se contó en los capítulos veinte y cinco y veinte y siete del tercero libro. Y porque algunos ponen por primero de los antiguos cristianos á un religioso frances, llamado Fr. Bernardo Cossin, digo que se yerran, por no haber visto lo que cerca de esto dejó escrito el padre Fr. Toribio Motolinia, á quien se debe dar entero crédito por haber lo uno y lo otro pasado en su tiempo. El cual habiendo contado y celebrado con palabras de espiritual gozo el martirio de Fr. Juan Calero, añade las que se siguen, diciendo: «Dos cosas saco yo de aquí para mí, por las cuales querria mucho alabar y bendecir á Dios. La una, ver que el primero mártir de este nuevo mundo tomó Dios del humilde estado de los menores, y de los legos, donde habia tantos y tan antiguos sacerdotes con tan grandes deseos de morir por Jesucristo, y que con esta hambre y sed

pasaron el mar y vinieron entre estos infieles del occidente, y que da Dios á aqueste humilde lego la primera corona de martirio. La otra es, que este primer mártir fué hijo de esta nueva Iglesia, y que en esta provincia del Santo Evangelio tomó el hábito trece años antes que lo martirizasen. De lo cual yo tomo argumento y señal, que Dios quiere hacer grandes mercedes á esta su nueva esposa.» Estas son las palabras formales del padre Fr. Toribio, donde claramente parece cómo primero fué muerto Fr. Juan Calero que Fr. Bernardo Cossin. Y tambien se entiende, cómo llamándolo primero mártir, habla de los que de Europa pasaron á estas partes, y no de todos en general, pues el mismo padre Fr. Toribio, como testigo de vista, que en aquellos tiempos estaba en el convento de Tlascala, cuenta tambien el martirio del indio Cristobalico, que pasó muchos años antes. Pues para entender de raiz la ocasion de la muerte de Fr. Juan Calero, y tambien la de su guardian, que tras
1539. ella se seguirá, es de saber, que en el año del Señor, de mil y quinientos y treinta y nueve, se comenzó á fundar un monesterio de frailes menores en un pueblo llamado Ezatlan, que es en la gobernacion de la Nueva Galicia ó provincia de Jalisco. En este monesterio fué primero guardian un fraile llamado Fr. Antonio de Cuellar, de la provincia de Santiago, que habia tomado el hábito en el convento de S. Francisco de Salamanca. Este religioso trabajó fielmente en doctrinar y enseñar y traer á nuestra santa fe á los indios de aquel pueblo y provincia con todos los comarcanos, que son de los que llamamos chichimecos, los cuales hasta entonces poco ó nada habian oido de la palabra de Dios. Y en espacio de año y medio, con la gracia divina y con su buen ejemplo y doctrina, trajo muchos pueblos á la obediencia de nuestra santa madre Iglesia y confesion de la santa fe católica, baptizando muchos niños y algunos adultos, segun que cada uno de ellos se iba disponiendo de su parte. Y algunos que estaban derramados por los montes ó quebradas, los recogió y redujo á que morasen en comunidad, y á que hiciesen pueblos ordenados en traza, como en nuestra España. En este medio tiempo sucedió tenerse capítulo en la ciudad de México (segun es costumbre en las religiones), y para venir al capítulo el guardian Fr. Antonio de Cuellar, dejó en su lugar por presidente ó vicario de la casa á otro sacerdote que moraba en su compañía, y con él á Fr. Juan Calero, lego, que (segun parece) sabia la lengua de los indios y habia trabajado mucho con ellos ayudando á su
1541. guardian. En cuya ausencia, el año de mil y quinientos y cuarenta

y uno, se alzaron ciertos indios de aquella provincia de Jalisco, llamados caxanes, y desamparado sus pueblos y la fe cristiana que habian recebido, se subieron á las serranías de Tecuila, y tras ellos se alzaron tambien los de un pueblo que era de la visita de Ezatlan, de los que aquellos religiosos habian convertido y los tenian debajo de su doctrina. El sacerdote que presidia en la casa no debia de saber la lengua de los indios, por lo cual Fr. Juan que los habia doctrinado, viendo la grande ofensa que aquellos sus ahijados hacian á Dios en apostatar de su fe, y recelándose que si no volvian á poblado habian de ser muertos por los españoles ó (á mejor librar) dados por perpetuos esclavos, movido con celo de la salvacion de aquellos bárbaros y con caridad cristiana, pidió licencia á su presidente para ir á aquellas serranías á reducirlos y traerlos á sus pueblos donde estaban. El sacerdote, que tenia las veces del prelado, túvolo por bien, considerando que la obra que queria hacer Fr. Juan era piadosa y santa, y él mismo lo animó á ello y se lo mandó. Fr. Juan se confesó y comulgó, encomendándose á Nuestro Señor con mucha devocion, y puesta su ánima con Dios tomó su camino para la serranía donde los alzados estaban. Llegado á Tecuila, llamólos amorosamente como solia, y juntos, hízoles un razonamiento muy espiritual y devoto, persuadiéndolos á que no dejasen la fe que habian recebido para salvar sus ánimas, y no se dejasen engañar del demonio que deseaba y procuraba llevarlos consigo al perpetuo fuego del infierno: que se volviesen á su asiento y poblacion adonde los religiosos y padres suyos espirituales (que como á hijos los amaban) los habian puesto. Que él se ofrecia y prometia de alcanzarles perdon de los yerros pasados en que habian sido culpados por matar ciertos españoles, y por haber levantado de nuevo un ídolo y invocado á los demonios. Los chichimecos que oyeron esta plática, como conocian á Fr. Juan por hombre de vida inculpable, y sabian que los amaba, recibieron sin alteracion sus palabras, y diéronle por respuesta que se volviese á su monesterio, que ellos sabian lo que les convenia y mirarian lo que habian de hacer. Vista esta su determinacion, y que no era posible llevarlos consigo, volvíase Fr. Juan para su convento. Llegaron á este tiempo otros de aquellos bárbaros que no oyeron la plática; mas sabiendo á lo que el siervo de Dios venia (como eran mas culpados en la muerte de los españoles y en los demas delictos que habian cometido, y andaban ya encarnizados y ofrecidos del todo al demonio), tomaron por afrenta que aquel religioso oviese ido á predicarles

otra vez la fe de Cristo y sacarlos de su antigua idolatría, y á esta causa se determinaron á lo matar, y fueron en su seguimiento. Algunos dicen que una india fué la que los incitó y indignó contra el siervo de Dios (como otra Jezabel al rey Achab contra el inocente Naboth, y como Herodías al rey Herodes contra S. Juan Baptista), diciéndoles que no serian hombres si no matasen aquel fraile, que allí donde estaban los iba á vender y engañar. Como quiera que sea, los bárbaros siguieron á aquella mansa oveja con sus arcos y macanas, que son unos palos anchos de encina que les sirven de espadas ó porras. Como el santo mártir los vió venir de aquella manera, conoció que lo venian á matar, y púsose de rodillas dando gracias á Nuestro Señor por la merced que le hacia en que le matasen por su amor y por la confesion de su santa fe. Los bárbaros dispararon en él sus flechas, y asaeteado cayó en tierra, confesando el Nombre de Dios entre aquellos descreidos. Los cuales no contentos con lo hecho, con las macanas le quebraron los dientes y muelas en la boca, diciendo: «Ya no nos predicarás mas cosas del cielo, ni del infierno, ni hemos menester ni queremos tu doctrina.» Diéronle tambien macanazos en la cabeza, y aunque de muchas partes le corria sangre, viendo que aun no estaba del todo muerto, le acabaron de matar á pedradas. De suerte que este bienaventurado mártir padeció los tormentos de los gloriosos mártires S. Estéban, S. Sebastian, Santa Apolonia y Santo Tomás Arzobispo Cantuariense, á quien fué rajada la cabeza. Llevaba este santo religioso en su compañía cuatro indios cristianos de los que servian en la iglesia, dos niños que ayudaban á misa á los frailes, y dos otros mayores. De estos últimos, el uno, llamado Francisco, se escapó y llevó la nueva á Ezatlan de lo que habia sucedido. Los otros tres no quisieron huir, sino morir con su padre y maestro, con el cual se abrazaron llorando, viendo la crueldad con que lo trataban, y abrazados con él los mataron aquellos descreidos bárbaros, cuyas ánimas piadosamente podemos creer que el santo mártir las llevó consigo al cielo. Los de Ezatlan, haciendo cuenta que los bárbaros llevarian su cuerpo para comerlo ó ofrecerlo á sus ídolos (como solian hacer á otros, ó por ventura por ser los enemigos muchos), no fueron en su busca, hasta que al cabo de cinco dias se supo cómo los cuerpos de los muertos estaban todavía en el campo. Entonces fué por ellos un español, llamado el capitan Diego López de Zúñiga, con alguna gente que tenia, y halló el cuerpo del bendito Fr. Juan, fresco, sin corrupcion alguna, y la sangre tan fresca como si entonces lo acabaran de martirizar, y los cuerpos de los indios sus compañeros estaban comidos de adives ó lobos, ó de ciertas aves carniceras llamadas auras (de que hay gran multitud por esta tierra), que en habiendo cuerpo muerto en el campo, de muy lejos lo huelen y lo van á comer. Y así se tuvo por milagro que el cuerpo de este santo no estuviese comido, y juntamente con esto, que á cabo de cinco dias no tuviese alguna corrupcion ó mal olor, siendo tiempo de calores, porque fué muerto á diez de Junio del año de mil y quinientos y cuarenta y uno, primero dia de Pascua de Espíritu Santo. 1541.
Llevado el santo cuerpo á Ezatlan, el sacerdote su compañero le vistió un hábito, porque el suyo llevaron los bárbaros para memoria de su bestial triunfo. Mas queriéndolo enterrar, los españoles que se hallaron presentes se lo quitaron á pedazos, viendo la fragancia que de sí echaba aquel santo cuerpo de tantos dias muerto. Fué enterrado con mucha devocion y solemnidad, y con voz de santo.

III Reg. 21.
Marc. 6.

CAPÍTULO II.

De Fr. Antonio de Cuellar, guardian del monesterio de Ezatlan.

De Fr. Antonio de Cuellar.

El guardian de esta casa de Ezatlan habia ido en esta sazon (como queda dicho) al capítulo que se celebraba en la ciudad de México, de donde partió, despedido el capítulo, por fin del mes de Mayo, y llegó á Ezatlan mediado Junio. Halló la tierra muy alborotada, y muchos pueblos alzados y puestos en armas, y los españoles que se habian ya encontrado con los indios infieles, y los indios con los españoles, en los cuales rencuentros habian muerto muchos indios de la una parte, y de la otra cerca de treinta españoles. Luego como Fr. Antonio llegó, comenzó á tratar paces entre los españoles y entre algunos de los pueblos que menos culpa tenian, y trajo muchos indios de paz y tornáronse á asentar y asegurar en sus poblaciones como de antes estaban, porque los españoles lo amaban mucho y no menos los indios, y él se daba tal maña (mediante la gracia de Dios), que todos lo tenian por padre. Y á esta causa habian rogado mucho á los prelados en el capítulo, que no lo mudasen á otra parte, mas que le mandasen volver á Ezatlan, porque tenia puesta muy buena órden en lo espiritual y tambien en lo temporal, y en todo le daba Dios gracia, y entonces mas particularmente convenia mucho su vuelta para pacificar la tierra, que tan alborotada estaba.